



El voto corporativo: ¿Seguirá vigente?

* Por Bulmaro Pacheco

Las recientes protestas de los trabajadores del Seguro Social en México van más allá de las manifestaciones tradicionales por carencias o rezagos en la prestación de los servicios de salud en la institución más importante de seguridad social de la República. Revelan un conflicto de fondo y anuncian la crisis de un modelo político en la práctica político-sindical mexicana: la relación de las organizaciones de trabajadores con los nuevos gobiernos para efectos laborales, económicos, políticos y electorales. Quizá estemos ante consecuencias inéditas en la política mexicana que el fenómeno puede traer en el corto plazo. La historia de México es rica en ejemplos de ese tipo. La caída del líder de los telefonistas, Salustio Salgado, en 1976 se

produjo tras el rechazo de las bases a la revisión salarial pactada por su dirigencia, cuando Teléfonos de México era una empresa de participación estatal mayoritaria. Eso dio lugar al desplazamiento de la dirigencia y a la llegada, ese mismo año, de Francisco Hernández Juárez. Las cosas empezaron a cambiar, incluso con la privatización de la empresa en 1990. Desde entonces, Hernández Juárez se mantiene al frente del sindicato mediante sucesivas reelecciones. Ese ejemplo marcó a la dirigencia nacional de la CTM, entonces encabezada por Fidel Velázquez, y puso sobre la mesa la rebelión y la protesta de las bases trabajadoras contra dirigentes que no tardaban en acumular poder y riquezas a cuenta de sus organizaciones sindicales. Carlos Jonguitud Barrios ejerció el

poder en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) desde 1972 y consolidó su dominio mediante el grupo «Vanguardia Revolucionaria». Duró ahí hasta abril de 1989, cuando el presidente Carlos Salinas de Gortari decidió su relevo por Elba Esther Gordillo Morales. Jonguitud había sido gobernador de San Luis Potosí, director del ISSSTE y senador por el mismo estado, a cuenta del control y el liderazgo sindical. Con el tiempo, ese poder se desgastó. En 1979 surgió la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), que no pudo controlar. Jonguitud dejó de servirle al sistema y cayó. Elba Esther Gordillo tomó el poder del sindicato en 1989 y, en 2005, impulsó la creación del partido Nueva Alianza (Panal), con una importante base de apoyo entre los trabajadores de la educación. El partido participó en la elección presidencial de 2006

y ella negoció con candidatos a gobernadores, hasta que tanto poder acumulado empezó a chocar con los programas de gobierno. Elba dejó el poder sindical en 2013, cuando fue detenida, y permaneció privada de la libertad alrededor de cinco años y medio, parte de ese tiempo en prisión domiciliaria. Recuperó la libertad en agosto de 2018, todavía durante el gobierno de Enrique Peña Nieto. A pesar de las constantes presiones políticas, los gobiernos del PRI y del PAN no entregaron la titularidad de la SEP a esos liderazgos, aunque sí permitieron que el SNTE ampliara su influencia dentro de la dependencia. Porque el sistema tenía una relación compensatoria con los sindicatos de su esfera política: diputaciones, senadurías, gubernaturas y cargos administrativos en la federación y los estados, para llevar la fiesta en paz y asegurar estabilidad política y laboral.

